

## **Capítulo 1:** Los caballos de Fitz Roy

Cruzo la tranquera. Estamos a menos de un kilómetro de los memoriales británicos que se encuentran en Fitz Roy y, a casi cincuenta de Puerto Argentino, capital de las Islas Malvinas. Me acompañan dos amigos en una camioneta, Alejandro Chams y José Luis Polti. Se sumaron al Desafío “Unir Malvinas” hace seis meses. Ambos son ingenieros mecánicos, nos conocimos en la UTN Buenos Aires, dónde trabajo hace más de quince años. José Luis es especialista en energías renovables y Alejandro administra dos talleres de verificación técnica.

Está lloviendo sin parar desde hace cinco kilómetros. El agua dificulta mucho ver qué hay más allá de los veinte metros. Mientras trato de adivinar el camino que conduce a los memoriales, la camioneta acelera y se pierde de vista enseguida.

Luego de correr durante doscientos metros, a mi izquierda, desde la cima de una colina, tres caballos y un potrillo me sorprenden. Bajan muy rápido, pero reducen su velocidad drásticamente para acompañar mi paso, cuando se encuentran a menos de dos metros. Robustos, de baja estatura, tienen abundante cabellera y cuello ancho. Parecen percherones. Los tonos claros con manchas oscuras predominan en dos de ellos. En el tercero, el color oscuro, casi negro. El potrillo tiene una cabellera que le cubre casi todo el cuerpo.

El 8 de junio de 1982 se produjo un intento de desembarco en Fitz Roy. Los ingleses confiaban en el clima. En la lluvia y la nubosidad. En el continente, las condiciones eran diferentes y la Fuerza Aérea Argentina atacó por sorpresa, provocando más de cien bajas, entre muertos y heridos. Fallecieron cuarenta y cuatro guardias galeses y otros cincuenta y siete británicos recibieron quemaduras

importantes. Los buques Sir Galahad y Sir Tristan fueron destruidos y una lancha de desembarco Foxtrox, hundida. Los ingleses lo llamaron “El día negro”.

Los caballos suben la colina. Llegan a la cima. Giran para quedar de frente a la bahía. Nos observamos. El sonido de mis pasos se confunde con la lluvia y las piedras del camino. De repente, se me aflojan las piernas. No puedo mantenerme en pie. En un solo movimiento, estoy apoyado con mis rodillas y mis manos sobre el suelo. Tengo la cabeza inclinada hacia abajo. Beso la tierra. Observo las cruces y flores que honran a los muertos británicos. Todo en perfecto orden. El pasto está cortado al ras.

El “día negro”, los británicos intentaban abrir un nuevo frente de combate al sur de Puerto Argentino, pero fueron detectados. Guardias galeses y escoceses aguardaban en el Sir Galahad y el Sir Tristan para iniciar el desembarco. Durante más de seis horas esperaron ansiosos la apertura de las compuertas. Jugaban a las cartas, limpiaban el armamento y aguardaban su turno rodeados de munición. El equipamiento y una ambulancia de campo tuvieron prioridad para ocupar la cabeza de playa.

Quince aviones argentinos los atacaron. Sus motores retumbaron sobre Bahía Agradable. Ese sonido ensordecedor llamó la atención de las fuerzas británicas que, de pronto se habían convertido en testigos circunstanciales de la ofensiva argentina. Las bombas cayeron sobre ambos buques.

Muy despacio, levanto la cabeza para quedar arrodillado frente al Memorial. Es una piedra gris con forma de obelisco. Estoy feliz por haber llegado, pero también, siento mucha tristeza por quienes perdieron la vida allí. El silencio es inmenso.

Desciendo por el pasto para alcanzar la playa. Apenas puedo doblar mis piernas para acercar la botella al agua. El cuerpo se está relajando y me está dando señales claras de las consecuencias del esfuerzo. Cargo lo que puedo. Mejor dicho, lo que me dejan las piernas. José Luis y Alejandro se mantienen a distancia.

Observo la colina. Los caballos siguen allí, pero se mueven a medida que me traslado, como si fuesen una imagen en espejo. Llevo un ritmo lento. Ellos también. Giro hacia la bahía. Levanto la vista hacia el cielo y me persigno. Rezo un ave maría y un padre nuestro. Me vuelvo a persignar y sigo caminando por el sendero que me lleva al memorial de los Guardias Galeses. Exploro el horizonte buscando la imagen de los aviones ingresando a la bahía, pero solo veo pájaros. El silencio, el paisaje, el clima o todos esos factores juntos facilitan el diálogo interno. ¿Qué habrán pensado los soldados que se encontraban en este mismo lugar hace treinta y cinco años? ¿Habrán sentido impotencia? ¿Habrán rezado por sus compañeros que estaban en los buques?

Vuelvo sobre los caballos. A simple vista, son pequeños puntos en el horizonte. Están en línea recta a nuestra ubicación. Nos observan, firmes, como los granaderos de San Martín.

La Fuerza Aérea Argentina ordenó un segundo ataque contra los objetivos navales y terrestres en la cabeza de playa del Establecimiento Fitz Roy. Esta vez, habían perdido el factor sorpresa.

Camino por la playa buscando más figuras que me permitan comprender todo lo que estudié sobre los hechos que sucedieron aquí. Me concentro en el segundo ataque. Escucho los motores de los aviones argentinos. De repente, pasan frente a

mis ojos dos aviones ingleses a toda velocidad. Uno de ellos, es el primer teniente David Morgan.

Luego de once años, Sánchez –único sobreviviente del segundo ataque- conoció a Morgan. Se encontró cara a cara con la persona que puso fin a las ilusiones y proyectos de cada uno de sus amigos. El británico extendió su mano y Sánchez, le dio un abrazo sanador. Lo propio hizo Carlos Cachón, piloto argentino que bombardeó el Sir Galagah, con Simon Weston. El ex guardia galés sufrió quemaduras muy graves que lo llevaron a soportar más de setenta operaciones para reconstruir su rostro.

Al igual que el Memorial del Sir Galaghad, todo lo que lo rodea al Memorial de los Guardias Galeses está ordenado y cuidado. Desde lo más alto, una cruz celta brinda protección a los nombres de los muertos en ese lugar. A diferencia del anterior, se encuentra rodeado de palmas de amapolas rojas de papel y cruces pequeñas clavadas en el piso.

Comenzamos a caminar rumbo al sector de estacionamiento. Los caballos también se ponen en movimiento. Lo hacen a gran velocidad, ayudados por la pendiente del terreno. El galope es incesante. Vienen hacia nosotros. El miedo me paraliza. El choque es inminente. A escasos centímetros, doblan y siguen su marcha por el pasto, al costado del camino.

Están regresando por el mismo lugar donde me escoltaron, como si tuviesen un carril asignado en una autopista. No hay árboles en toda la bahía. Tampoco hay piedras. No tienen obstáculos en su recorrido. Sólo la turba es testigo de su galope. Conocen muy bien el lugar que transitan. Detienen su marcha al lado de nuestra camioneta.

Llegamos hasta allí todavía asombrados, mientras los caballos siguen inmóviles observándolo todo. Abro la puerta trasera derecha, mientras me miran fijo. El silencio nos acompaña otra vez. Espero alguna reacción. Mueven sus cabezas a medida que nos trasladamos alrededor de la camioneta. Sus patas no se mueven. Están mojados, como nosotros.

Alejandro y José Luis ordenan la camioneta y preparan el regreso. Apenas me puedo acomodar en el asiento de atrás para cambiarme la ropa. Observo los caballos con una mezcla de asombro y agradecimiento mientras intento recuperar fuerzas. Siguen allí. Los tres buscan que les devuelva la mirada. Tienen ojos oscuros. Los tres son inseparables, como Arrarás, Bolzán y Vázquez.

Al teniente 1ero. Danilo Bolzán, de veintisiete años, lo derribaron después de haber hundido un lanchón de desembarco. En el libro “Los Halcones no se lloran”, el Comodoro (RE) Pablo Carballo escribe sobre él: “Era amable, respetuoso, pero de temperamento fuerte. Era rubio, de ojos verdes, muy fuerte y corpulento. Se destacó en el deporte, especialmente el rugby. Estaba destinado en la Escuela de Aviación Militar, pero pidió retornar a la V Brigada Aérea como voluntario. Su vocación de servicio y el amor a la patria fueron decisivos para tomar la decisión de ir a combatir”.

Los tenientes Jorge Alberto Vázquez y Juan José Arrarás tenían veinticuatro y veinticinco años, respectivamente. Ambos fueron abatidos antes de llegar al blanco.

Alejandro pone en marcha la camioneta con sumo cuidado para no asustarlos.

Bajo la ventanilla.

—Chau muchachos. Gracias por cuidarnos.

## **Capítulo 15: El viento de los héroes**

No es común encontrar árboles en las islas. A simple vista, parecen desiertas. Puedo predecir los caminos con facilidad, planificar descansos, establecer metas y vencer la incertidumbre. Apenas aparece un punto oscuro en el horizonte, casi con seguridad, se trata de la camioneta donde Alejandro y José Luis esperan mi llegada.

Llevo casi de treinta minutos corriendo. El cielo está nublado, pero el sol comienza a asomarse, aunque no lo suficiente para generar sombra. La temperatura no debe superar los diez grados.

Parece que tuviese una enorme piedra en cada zapatilla. Las Reebok son pesadas y el terreno, muy duro. Cada pisada repercute muy fuerte en las piernas. Acumulo casi ciento veinte kilómetros. Las rectas predominan en esta etapa de la ruta, aunque con pequeñas ondulaciones, el camino es bastante llano. El viento es quien decide a qué velocidad debo correr y no puedo hacer nada para modificarlo.

Pocos metros antes de detenerme en la camioneta, José Luis se acerca, apoya su mano derecha sobre uno de mis hombros y me habla, pero la acción del viento me impide entender que está diciendo. Por sus gestos, comprendo que me da aliento para seguir. Levanto mi pulgar izquierdo en señal de aprobación. Miro el reloj. En menos de una hora y cuarto recorrimos trece kilómetros. Tengo hambre. Hace tres horas que desayuné.

El ripio se torna más suave, pero decido cambiar de zapatillas. Había optado por las Reebok porque tengo los pies levemente hinchados y brindan mayor comodidad, pero son muy pesadas. Regreso a las Glide Boost. Me despido de mis amigos y vuelvo a la ruta.

Dos espejos de agua circundan el camino. Uno de ellos, se encuentra muy cerca de la ruta, a menos de dos metros. Su forma asemeja a una circunferencia casi perfecta y está rodeado de matas de arbustos con cojín mezclados con pastos altos que les permiten resistir las embestidas de los fuertes vientos de la zona. Estoy cerca de un puente de hierro similar al del Arroyo Malo.

El viento sopla a favor, empuja y moviliza mucho. Siempre a mis espaldas. La vegetación que escolta las laderas de la ruta está orientada por acción del viento —es algo común en Malvinas— en dirección contraria a la que estoy corriendo.

—Quiere decir que la mayoría de las veces, sopla al revés—.

Empiezo a prestarle más interés a la acción del viento. Cuando inicio una bajada, empuja con fuerza. Tanto, que debo contenerme para no dañar aún más las uñas rotas. Cuando tengo que subir, desaparece. Al llegar a la cima, el viento regresa con fuerza para ayudarme a seguir.

Tengo pensamientos recurrentes sobre el viento. Lo que sucede en las subidas y bajadas. Intento razonar. Cuando se encuentra con una depresión del terreno —un descenso—, un porcentaje del viento debe seguir derecho y otro, de menor intensidad, debe seguir la ondulación del terreno. Es eso. Siempre hay una explicación. No hay nada raro. El cerebro racional queda convencido. La parte

derecha —cerebro emocional—no se da por vencido y me taladra con preguntas a las que no encuentro respuesta:

—¿Por qué deja de soplar cuando empiezo a subir? ¿Acaso, choca contra el terreno y desaparece? El primer día, los tres caballos, ¿y ahora el viento? Hay algo más. Miro al cielo buscando una explicación a lo que estoy viviendo.

Llevo ciento cuarenta kilómetros acumulados. Las piernas responden a la exigencia sin dolor. Sigo escaneando el cuerpo. La rodilla derecha presenta una leve molestia en la parte superior de la rótula. Nivel de dolor: uno.

A quinientos metros, una curva de casi noventa grados. No existe ninguna barrera que pueda frenar el viento. Me preparo mentalmente para recibir el vendaval de costado o, en el peor de los casos, de frente, ya que en los últimos kilómetros cambió de dirección en forma leve, pero siempre empuja con fuerza.

Avanzo a toda velocidad debido a la presencia de una pequeña pendiente descendente. Luego de ella, la curva. Seguro me va a frenar. Voy a tener que reducir la velocidad y a poder descansar un poco. Permanezco con la mirada fija en la curva. Trescientos metros. Doscientos. Las piernas parecen no preocuparse. Les hablo:

—Un poco más y caminamos.

Cien metros. Muevo rápidamente los brazos para ayudar el desplazamiento. Veinte metros. Enfrento la curva tratando de no pensar en el cambio de dirección.

Estoy transitando el mismo camino que realizaron las tropas británicas rumbo a Darwin. El silencio actual se contrapone con el sonido de la columna de soldados que se desplazaron por allí. La pérdida del Atlantic Conveyor con sus helicópteros



y aviones, fue un duro golpe para la logística de las tropas, quienes tuvieron que caminar llevando todo el equipamiento a cuestas, durante sesenta kilómetros.

De pronto, el silencio se interrumpe con el sonido de un rebaño de ovejas que se aleja del alambrado a medida que avanzo. Tengo la sensación de sentirme acompañado. Acabo de recorrer casi un kilómetro cuando me doy cuenta que, desde que doblé, el viento que tanto me preocupaba, se había transformado en una brisa. Me detengo. Miro a los costados, hacia atrás. ¿Dónde está el viento? No puedo entender lo que está pasando. El cerebro emocional me habla nuevamente:

—Son ellos, no hay duda.

El cielo se está abriendo. Los rayos de sol empiezan a ganar fuerza entre las nubes. El camino presenta ondas casi permanentes con piedras a ambos lados de la ruta. Chequeo la cantidad de agua y geles para planificar el próximo abastecimiento cuando observo, desde lo alto del camino, a escasos trescientos metros, una nueva curva. En este caso, retoma la línea recta hacia lo alto de una colina. Mi compañero, el viento, sigue sin hacerse notar. Aprovecho para enlentecer el paso y cambiar el aire. Inhalo profundo tres veces y retengo el aire. Exhalo tres veces para expulsar todo el aire de los pulmones. El diafragma empuja con fuerza.

Junto coraje y apuro la marcha para llegar a la curva lo antes posible. Contra todo pronóstico, siento que debo hacerlo. La razón me indica que use ese trayecto para descansar las piernas, pero el corazón empuja. Las piernas responden como si estuviese entrenando cambios de ritmo.

—Eso es, tengo que hacer de cuenta que estoy haciendo alargues—.

Encaro la curva como lo hacía cuando rendía el Test de Cooper en la AFA. A fondo. La meta no se encuentra a doscientos metros, como en la pista del CENARD, sino a más de veinte kilómetros, en el Cementerio Argentino de Darwin. De pronto, siento que algo o alguien me impulsa muy fuerte. Como si tuviese varias manos en mi espalda que empujan con mucha fuerza, pero sin hacerme perder la estabilidad. Aumento la velocidad de forma repentina. No puedo bajar la intensidad de mis pasos. Quiero, pero no puedo. La capucha de la campera se levanta y parece cubrirme la cabeza. El viento está de regreso. Terminó el descanso.

El buen tiempo sigue acompañando, aunque la temperatura sigue sin superar los diez grados. No cayó una sola gota de lluvia. Observo charcos de lluvia reciente, que no estaban cuando pasamos en el viaje de ida con la camioneta.

Una pequeña molestia en la pierna derecha desvía mi atención del camino. A la altura de la cadera. Grado de dolor: tres. Posiblemente algo normal después de casi ciento cincuenta kilómetros acumulados. Un nuevo descenso a escasos metros. Luego, una pronunciada subida. Otra vez, el viento vuelve a desaparecer cuando inicio el ascenso con una caminata reparadora. Unos metros antes de la cima, vuelve a soplar con fuerza. Algo está pasando. Enfrento una nueva pendiente. El viento me impulsa cuando desciendo y desaparece cuando subo. Cuando termino de recuperarme, cerca de la cima, empieza a soplar otra vez. El cerebro emocional insiste:

—Son ellos.

Detengo la marcha. Me doy vuelta para hablar con los 649 argentinos y los 255 británicos:

—Bueno muchachos, ya entendí. Ustedes me van a empujar todo el recorrido.

Miro el cielo. Imagino sus rostros de alegría. Están allí. Todos abrazados. Argentinos y británicos. Forman una gran muralla. Levantan sus brazos y me saludan. Me alientan.

—Cuando ustedes me den la señal vuelvo a correr. Se los agradezco—.

La pierna derecha vuelve a dar señales de alarma. La molestia se transformó en dolor. De uno a diez, seis. Logro anestésicarla pensando en positivo, pero el dolor regresa. Una y otra vez. Se hace cada vez más agudo. Estoy convencido que los ángeles que están empujando no permitirán que me pase nada malo. Empujan, pero también me cuidan.

La camioneta está a la vista. Comienzo a caminar un tramo antes de llegar. Su interior parece un camión de mudanzas que incluye zapatillas, medicamentos, comida, bebidas, proteínas, energizantes, geles, entre tantas otras cosas. Mi médico, Atilio Giordano, confeccionó un listado de medicamentos que no podían faltar en mi botiquín.

—¿Qué te alcanzo? —, pregunta Alejandro

—Proteínas y el Voltarén, por favor—

Masajeo la zona y percibo un gran alivio. Llevamos ciento cincuenta y cinco kilómetros. El antiinflamatorio ayuda a pensar en lo que queda con más tranquilidad, pero las piernas siguen avisando que hay que cuidarlas. Carezco de experiencia en esta distancia, pero los consejos de Ever Moriena y del Doctor Giordano ayudan a pensar en cómo solucionarlas.

Nuevos declives y más cuestas. En cada ocasión que el viento regresa luego de una subida, les agradezco y les hablo a mis ángeles. Las cuestas las camino y, cuando llego a la loma, el viento me dice cuando es momento de correr. Es como, si todos ellos, dijese —listo, ahora a correr que te acompañamos—. Intento convencerlos que me den un par de metros más de descanso, pero si ellos lo piden, sigo adelante.

Unos kilómetros antes de llegar al cruce de la ruta a Darwin, busco en el horizonte la cruz mayor del cementerio argentino. Otra advertencia. Más importante que las anteriores. Un dolor muy agudo que llegó muy rápido. Es una alarma de desgarro. Grado de dolor: ocho. La experiencia me indica cuales pueden ser los resultados de ese esfuerzo. El viento sigue empujando y no permite bajar la velocidad. Sólo tengo pensamientos negativos. —¿Las consecuencias de una lesión más importante pueden poner punto final al desafío?—. Bajo la mirada para explorar la pierna. Coloco la mano derecha sobre la zona afectada. El dolor se expande. Grado de dolor: nueve. Es una línea casi recta desde la cadera hasta la rodilla, en el lateral externo. Aprieto con fuerza la zona, la masajeo. No puedo darme por vencido. Las fibras del músculo están haciendo mucha fuerza para no cortarse.

De repente, levanto mi cabeza hacia el horizonte. Recuerdo a Ever Moriena, que sufrió cuarenta y cinco días de bombardeo en un pozo de zorro; al Comodoro

Carballo atacando buques con el parabrisas lleno de sal; a Esteban Tries haciéndole silla de oro durante casi ocho kilómetros al Sargento Villegas para salvarle la vida; a Walter Goñi, exponiendo su cuerpo al fuego británico para atender al soldado Guanes. Pienso en la fuerza que le están dando a las piernas quienes deseo homenajear, los mensajes de cada una de las personas que esperan noticias desde el continente, mis seres queridos. Todos ellos confían en mí. Tengo que hacer lo mismo. Necesito vencer el dolor. Un paso detrás del otro.

Levanto la cabeza, en diagonal a mi ubicación, un punto blanco aparece en pleno horizonte. La ondulación del terreno hace que se pierda de vista por unos instantes. Un escalofrío recorre mi cuerpo. Es la silueta de la cruz mayor del cementerio argentino. Debe haber diez kilómetros hasta allí. Miro el reloj por segunda vez. Llevo menos de siete horas corriendo. Concentro la mirada en ese punto blanco de forma obsesiva. Tropiezo con el borde de la ruta, pero no pierdo la estabilidad por muy poco.

A escasos trescientos metros se encuentra la camioneta. El cartel de Goose Green con una flecha a la derecha indica que el cementerio se encuentra a menos de cinco kilómetros.

—¿Cómo estás?, ¿Qué te damos? —, preguntan a coro José Luis y Alejandro.

—Estoy bien, pero dame Voltarén.

Ambos se turnan para asistirme. Parece que se entrenaron en un box de Fórmula 1. Desconozco como hacen para encontrar todo lo que pido, a pesar del desorden que dejo en cada parada.

La pierna derecha está al límite. Grado de dolor: nueve. Decido no contarles sobre la contractura para no preocuparlos, pero percibo que sospechan algo. Sus rostros denotan preocupación. .

Mientras masajeo la zona dolorida, les pido que cambien las botellas de hidratación. Antes de partir, mis amigos me regalan una arenga motivacional impresionante. Están emocionados.

Giro a la derecha para iniciar el último tramo de carrera. Por primera vez vamos a terminar un recorrido en el cementerio. Después de recorrer menos de doscientos metros, siento como si alguien hubiese prendido un ventilador industrial enorme y me lo estuviese enfocando directamente al cuerpo. Una especie de muralla invisible de manos que se apoyan en mi pecho, me detiene. Intento seguir, pero el viento no lo permite. Soy un testigo solitario de ese cambio espontáneo que no puedo modificar ni explicar. Decido caminar. Lo hago a la misma velocidad a la que trotaba. ¿Qué pasa? ¿Estoy a escasos kilómetros del objetivo y el viento dejó de acompañarme? Repaso el recorrido, doblé a la derecha en varias ocasiones y nunca me esperó de frente. ¿Por qué lo hace justo ahora?

Las piernas están llenas de ácido láctico. Pesan tanto que parecen de plomo, pero la derecha es la peor. Está incendiándose. Vuelvo a apoyar la mano sobre el cuádriceps tratando de contener el dolor, mientras le hablo:

—Por favor, no me abandones.

Sin soltarla, observo el cielo buscando respuestas. Les volví a hablar a mis ángeles, como lo había hecho muchos kilómetros antes.

—¿Por qué no me dejan avanzar, si ya estoy cerca? —

El cerebro emocional se empeña en enviarme respuestas. El cambio de orientación del viento no es casual. Dios está enviando pistas para que pueda interpretarlas. Ellos, los mismos que estuvieron empujando durante todo el trayecto, quieren evitar el desgarramiento. Dios, la Virgen María y mi ángel de la guarda, también ayudan. Entiendo el mensaje. Camino e intercalo trote en trayectos cortos, solo cuando el viento lo permite.

A cuatrocientos metros del punto de encuentro pactado con mis amigos, observo el cementerio. Las cruces blancas se iluminan en el horizonte. El sol está bajo, pero tiene la suficiente fuerza para crear un halo de luz sobre cada una de las tumbas. En ese mismo momento, el viento cambia de sentido. La ruta no lo hizo, pero el viento, sí. Nuevamente, sopla desde atrás y, más levemente, desde el costado. Ellos, mis ángeles, vuelven a empujar. Vuelvo a correr.

Doscientos metros. Los latidos del corazón se aceleran, los ojos húmedos nublan la vista, pero puedo observar las figuras de José Luis y Alejandro agitando los brazos. Cien metros. Levanto la cabeza para mirar al cielo. Cincuenta metros. Después de ocho horas exactas nos encontramos junto al cartel blanco con letras negras "Argentine Cemetery".

## Capítulo 27: Chris

¿Por qué no le dejamos nada al Capitán Christopher Dent? Esa incógnita me acompañó desde el momento que abandonamos el cementerio británico. Su lápida estaba en perfecto estado, pero se notaba que no recibía visitas desde hace mucho tiempo. ¿Por qué no me detuve más tiempo frente a él?

Cuando volví de Malvinas conocí a Julio Rodríguez, ingeniero mecánico recibido en la UTN Buenos Aires y veterano de guerra. Cada vez que dialogábamos, me contaba alguna historia. Una de ellas, la del Capitán Belt —otro veterano de la Guerra de Malvinas—, piloto de helicóptero que falleció en 1984 cerca de Mount Pleasant, pero su familia pidió que sea enterrado junto a sus compañeros en el cementerio de San Carlos. Su tumba se encuentra al lado de la puerta, separada



del resto. Julio me motivaba permanentemente a buscar información y a conocer más sobre aquellos hombres.

El sitio web del regimiento de Paracaidistas británico informa que Christopher Dent nació el 13 de octubre de 1947 y murió en la batalla de Darwin, el 28 de mayo de 1982. En la misma zona donde cayó el Coronel Jones.

Su esposa Catherine, es oficial médico del ejército británico en el Royal Army Medical Corps. Unos meses antes de viajar a Malvinas, Catherine y Christopher se transformaron en padres de Robbie,

Seguí buscando en internet, hasta que encontré la dirección postal de Catherine. Le escribí una carta. Como en 1982. En lugar de hacerlo desde el pupitre de la Escuela 16 "Padre Agustín P. Nores", lo hice desde la computadora de mi casa. Cambiaba el destino, pero el sentimiento era el mismo. En 1982, cuando cerré el sobre con mi remitente, coloqué la leyenda "Carta a un soldado" en el destinatario. Nunca supe quien la recibió. En 2017, renovaba las esperanzas. Una carta directo a Londres, para la esposa de un soldado británico.

Cada línea que escribía me llevaba al patio de la escuela, cuando la Directora de la Escuela, Lina Caserta de De Matteis, se paró frente al mástil después de la ceremonia de izamiento de la bandera, tomó el micrófono que solía usar para los actos, y nos pidió a cada alumno, que escribamos una carta para los soldados que estaban en Malvinas.

Le contaba a Catherine que, desde el regreso a Buenos Aires, tengo un sentimiento de culpa por no haber podido dejar una ofrenda en la tumba de Christopher. Es por ello que decidí buscarla, ya que en enero de 2018 íbamos a

repetir el viaje con Paula. Tenemos pensando volver a visitar el cementerio británico, dónde quiero saldar mi deuda con él, llevando una cruz con la amapola roja.

Unos días antes de la navidad de 2017, recibí un correo electrónico de la Dra. Catherine Dent, el cual resumo en las siguientes líneas:

Asunto: "Saludos y mis mejores deseos"

*Querido Alejandro,*

*Me sorprendió y me emocionó recibirla. Muchísimas gracias. Casualmente, estaré llegando a las Islas Malvinas —Falkland Islands en la redacción original— a finales de febrero. Me entristece que no estaremos en las islas al mismo tiempo, ya que hubiese sido muy especial conocerte, a vos y a tu esposa.*

*Gracias por ofrecerte para poner algo como un tributo a Chris, mi esposo. Ciertamente habría aceptado si no hubiera podido hacerlo yo misma. Una amiga, Sara, me acompaña y estaremos un par de noches cerca del cementerio en San Carlos, donde pasaremos un tiempo en las tumbas de nuestros maridos.*

*Por favor mantente en contacto y hazme saber si venís al Reino Unido. Mi casa está en el sur de Inglaterra y mi familia en Escocia, todos estaremos encantados de conocerte.*

*Mis mejores deseos y con mucha gratitud,*

*Catherine*